

ral concedía á los soldados. Se les daba en el acto la mitad y el resto se ponía en depósito en las cajas.

Cada legion formaba diez partes, una por cohorte, de las cuales se sacaba la undécima para los funerales de los legionarios, las guardias y los enfermos; estos estaban libres de servicio, pero se contaba con ellos para la division del botín.

Los altos oficiales no recibían otra recompensa mas que el honor; la República atendía solamente á los gastos necesarios para los equipos y comisiones; tenían un corto número de esclavos que no podían aumentar. Seguían al cónsul doce lictores con las hachas y las varas y veinticuatro al dictador.

El general solo podía mandar tocar el aje llamado *clasicum*. Los instrumentos militares eran el *lituus*, *tuba*, *buccina* y *cornicen*. La *tuba* era una trompeta de cobre; el *lituus* de madera fina forrada de cuero. En tiempo de Belisario se abolió la trompeta y se daban á voces las órdenes, de modo que muchos no las oían.

El principal cuidado de los Romanos era descubrir en qué los superaban los enemigos y remediarlo en seguida, de modo que las derrotas eran lecciones provechosas. Las espadas afiladas de los Galos y los elefantes de Pirro los dispersaron una sola vez; apenas conocieron la espada española, la prefirieron á la suya; además procuraron tener de los diferentes pueblos lo mejor que poseían; caballos numidas, arqueros cretenses, honderos de las Baleares, naves rodías, y disponían la guerra con tanta prudencia como audacia desplegaban al hacerla.

Cuando los soldados entraron en Grecia y adquirieron las caprichosas ideas de aquella nacion, Paulo Emilio los reunió y les dijo: « Un soldado solo tiene que hacer tres cosas; tener su cuerpo todo lo fuerte y ágil que pueda; conservar sus armas en buen estado, y disponer los víveres para los casos imprevistos. Por lo demas, no tiene mas que entregarse en manos de los dioses y de su general. »

§ 17. RECOMPENSAS, TRIUNFOS, CASTIGOS, FÓRMULAS.

Cuando el cónsul ó el dictador querían premiar á alguno, le hacían sentar á su lado en el tribunal y luego le daban una corona. Estas eran de diferentes clases según el caso: se daba la *obsidional* al que habia librado del asedio una plaza ó un ejército cercado, y era de yerba verde y luego de oro; la *cívica*, de hojas de encina, á los que habian salvado la vida á un ciudadano ó á un aliado; la *mural* al que habia plantado primero el estandarte en las murallas enemigas: esta al principio era de hojas y luego de oro almenada; la *castrense* al que penetraba primero en el campo enemigo, hecha como la precedente, pero en vez de almenas,

tenía estacas; la *oval* á los generales dignos de la ovacion ó pequeño triunfo; la *triumfal* al que merecía el triunfo.

El triunfo era la mas insigne recompensa reservada á los dictadores, cónsules, pretores y emperadores, por haber conseguido una victoria difícil y de gran importancia á la República, siendo alcanzada por el general con ejército propio, no de otros y con un título de magistrado, y habiendo muerto á lo ménos seis mil enemigos y conquistado algun país para la República. Se consideraba de gran importancia el llevar los *despojos ópimos*, es decir, los del general enemigo muerto, los cuales se depositaban en el templo de Júpiter Feretrio. Eran distinciones de menor precio los *dones militares*, entre los cuales se contaban el asta, el brazalete, el collar de oro ó de plata, los estandartes, etc. El asta *pura*, es decir, sin hierro, se concedía al que mataba á un enemigo en un duelo; el brazalete y los collares se daban al que demostraba valor en las batallas y asaltos; los estandartes eran destinados á los oficiales principales. Para conservar la memoria de las grandes acciones se servían de estatuas, columnas, trofeos, monumentos, títulos gloriosos, sobrenombres tomados del lugar en que vencían, como Coriolano, Africano, Asiático.

Habia cuatro clases de retiro: *missio justa et honesta* era concedida por edad y servicios; *missio causaria* por enfermedad ó heridas; *missio gratiosa* era la que concedían por favor los generales, pero que podía ser revocada por los censores; *missio turpis et ignominiosa* la que se daba por cualquier falta. Augusto estableció dos clases de retiro legítimo: uno dispensaba de toda funcion militar, excepto de combatir, y el otro tambien de esta.

Las faltas de disciplina eran castigadas al momento y con rigor; los oficiales y soldados eran iguales ante el hacha del licitor, lo cual era un medio sumamente eficaz de mantener la disciplina. Cuando cometían faltas ligeras, eran condenados á estar cierto tiempo en una posición incómoda, á cavar una zanja ó á cualquier otro servicio del campo; el centurion aplicaba las baquetas. Los lictores daban los golpes mayores con los haces y luego decapitaban con la segur. Si cometía un delito grave un cuerpo entero, era diezmado, condenando á uno por cada diez. Dábase muerte no solo á los desertores, sino tambien á los que combatían sin orden, no obedecían á una señal dada, abandonaban el puesto, arrojaban ó vendían las armas ó excitaban á la sedición.

Aulo Gelio (XVI, 4) nos ha dejado varias fórmulas relativas á asuntos de guerra, tomadas de Cincio, *De re militari*.

Al romperse la guerra el fecial lanzaba un dardo al territorio enemigo exclamando: « Quod » *populus hermundulus, hominesque populi munduli, adversus populum romanum bellum fecere, deliqueruntque; quodque populus romanus cum populo hermundulo, hominibus-*

» que hermundulis bellum jussit; ob eam rem » *ego populusque romanus populo hermundulo, » hominibusque hermundulis bellum indico, » facioque. »*

Del mismo sacó la fórmula del juramento militar que se prestaba en manos del tribuno militar: « Magistratu C. Lælii C. filii consulis L. Cornelii P. filii consulis; in exercitu decemque » *millia passuum prope furtum non facies dolo » malo solus neque cum pluribus pluris nummi » argentei in dies singulos; extraque hastam » hastile ligna poma pabulum utrem follem » faculam, s quid ibi inveneris sustulerisve, » quod tuum non erit, quod pluris nummi argentei erit, uti tu ad C. Lælium C. filium consulem. Lve Cornelium P. filium consulem, » sive quem ad utrum eorum jus erit, proferes » ant profitebere in triduo proximo, quidquid » inveneris sustulerisve sine dolo malo, aut » domino suo, cum id censebis esse, reddes; » uti quod rectum factum esse voles. »*

Se fijaba de antemano un día á los reclutas para que comparecieran y respondiesen al llamamiento del cónsul; y prestaban el juramento de comparecer con estas excepciones: « Nisi » *harumce quæ causa erit, funus familiare ferriæ denicales, quæ non ejus rei causa in » eum diem collatæ sint, quo is eo die minus » ibi esset; morbus soticus, auspiciumve, » quod sine piaculo preterire non liceat, sacrificiumve anniversarium, quod recte fieri non » posset, nisi ipsus eo die ibi sit; vis hostisve, » status conductusve dies cum hoste: si cui » eorum harumce quæ causa erit, tum se post » tridie quam per eas causas licebit, eo die » venturum, adjuturumque eum pagum vicum » opidumve delegerit. »*

§ 18. LOS CAMPAMENTOS ROMANOS.

Los Romanos fueron los únicos que redujeron á ciencia la castrametacion; por lo cual sus campos eran ciudades bien dispuestas y dirigidas. Adoptaron la forma cuadrada como la que mas se presta al orden y á la regularidad.

El acercarse al punto donde se quería colocar el campamento, un tribuno y algunos centuriones le recorrían para elegir la situación mas elevada y cómoda para el pretorio ó sea tienda del cónsul: allí plantaban una bandera, otras en los ángulos del campo y dardos para las demas divisiones menores. Como estaban de antemano fijadas las medidas y el orden, el campo era siempre conocido del soldado, cambiando solo el sitio.

Al rededor de la señal que indicaba la tienda consular se medía un espacio cuadrado de doscientos piés romanos de lado; cien piés delante del destinado para las legiones, se trazaba una paralela para indicar las tiendas de los tribunos y prefectos de los aliados; detras de las legiones respectivas dejaban un espacio de cincuenta piés de profundidad para colocar en él los caballos y bagajes. Por el

frente median una gran calle, mas allá de la cual trazaban una paralela para las tiendas de las legiones, dividida en dos partes por medio de una perpendicular tirada desde el punto donde estaba la bandera; á cada lado se dejaba un intervalo de veinticinco piés para separar las legiones romanas; mas allá de este espacio se colocaba la caballería de aquellas dos legiones, que ocupaba cien piés á cada lado. Detras estaban los terciarios, de modo que el puesto de cada manípulo correspondía al de cada fila de caballería (1).

El trazado era el mismo para la infantería que para la caballería. El manípulo ocupaba un espacio cuadrado igual á esta. Para los triarios era ménos ancho que largo, por constar estos de la mitad del número de los príncipes y de los astados, para los cuales la longitud variaba según su número. Las tiendas de los triarios estaban junto á las de la caballería con las puertas á lados opuestos. Á cincuenta piés de distancia se colocaban en sentido opuesto las tiendas de los príncipes, que de este modo formaban otras dos calles. Los astados estaban junto á los príncipes y las calles resultaban iguales, siendo iguales los manípulos. En cada manípulo, dos centuriones ocupaban las dos primeras tiendas, uno á la derecha y otro á la izquierda. Las tiendas de la caballería aliada se ponían á cincuenta piés de las de los astados, en línea paralela á las precedentes, con la espalda á la caballería y el frente á las trincheras.

Habia, pues, cinco calles en direccion de atras á delante del campo. La sexta trasversal se formaba dejando cincuenta piés entre la 5ª y la 6ª porcion de caballería, como entre el 5º y 6º manípulo. Esta calle, que cortaba todo el campo por medio en direccion paralela á las tiendas de los tribunos, se llamaba *quintana* porque tenía á los costados los quintos manípulos y las quintas porciones de caballería; y *principal* la que iba de atras á delante.

En el terreno de la derecha é izquierda del pretorio se ponían el mercado y el cuestor con su acompañamiento. Detras de la última tienda de los tribunos á derecha é izquierda, la flor de los caballeros extraordinarios y algunos voluntarios afectos al cónsul formaban una línea doblada á lo largo de las caras laterales del campo, y á su espalda estaban los soldados destinados al mismo servicio, de modo que las tiendas guardaban las trincheras. Mas allá del mercado, del pretorio y del cuestor se dejaba una calle de cien piés de longitud, paralela á las tiendas de los tribunos, tan ancha como el campo, y en cuya extension alojaban á los extraordinarios. En medio de aquel puesto, frente á la tienda del general, se medía un pasadizo de cincuenta piés perpendicular á la calle

(1) LISKENNE y SAUVAN, vol. II. Véase tambien GILLACME, DUCHOUL, *De la castrametation des anciens Romains.*

de los puestos que habian de recorrer dentro del campo y al rededor del baluarte, recogiendo la tésara de cada estacion para llevarselas al tribuno por la mañana.

Despues que se introdujeron los Bárbaros en los ejércitos, fué necesario un nuevo sistema de campamentos para garantizarse de sus alborotos. En tiempo de Adriano se formaba el campo en rectángulo, cuyo lado mas largo era una tercera parte mayor que el otro y estaba dividido por su longitud en tres secciones, *pretentura* la anterior, *pretorio* el centro, y *retentura* la posterior. A lo largo de las trincheras formaban las legiones una especie de recinto, cogiendo en medio las tropas extranjeras. El pretorio ocupaba doble espacio que en tiempo de la República, por el pomposo acompañamiento que se habia introducido.

§ 19. REFLEXIONES DE BUONAPARTE ACERCA DE LOS CAMPAMENTOS ANTIGUOS.

« Ciceron defendió por mas de un mes con cinco mil hombres, contra un ejército diez veces mayor, un campo atrincherado que ocupaba hacia quince dias. ¿Sería esto posible hoy dia?

« Los brazos de nuestros soldados tienen una fuerza y una gallardía igual á los antiguos Romanos; los arneses de nuestros gastadores son los mismos; pero tenemos un agente mas, que es la pólvora; de modo que podemos levantar fortificaciones, cavar fosos, construir torres en tan poco tiempo y tan bien como ellos; pero las armas ofensivas de los modernos tienen mucho mas poder y obran de un modo enteramente distinto de las de los antiguos.

« Los Romanos deben la constancia de sus prósperas empresas al método de que nunca se separaron, es decir, al de acampar todas las noches en un lugar fortificado, á no dar nunca una batalla sin tener detras un punto para proteger su retirada, y á encerrar en él los almacenes, los bagajes y los heridos. La naturaleza de las armas en aquellos siglos era tal que en sus campos se hallaban no solo á cubierto de los ataques de un ejército igual, sino tambien de otro superior; y eran dueños de combatir ó de esperar mejor ocasion. Atacado Mario por una turba de Cimrios y de Teutones, se encerró en un campo y permaneció en él hasta el dia en que se le presentó la ocasion favorable y salió precedido de la victoria. César llegó de un modo semejante al campo de Ciceron; los Galos cuatro veces mas numerosos abandonaron á este último y se dirigieron contra él; César toma posicion en pocas horas, fortifica su campo, sufre con paciencia las burlas y las provocaciones de un enemigo á quien no quiere combatir aun; pero no tarda en presentarse la ocasion y saliendo los Romanos por todas partes, vencen á los Galos.

» Por qué ha sido abandonado por los moder-

nos generales un sistema tan prudente y tan fecundo en grandes resultados? Porque las armas ofensivas han cambiado de naturaleza, pues los antiguos tenían solamente las que se manejaban con el brazo; el legionario ha venido al mundo con su corta espada, y Alejandro con la pica macedónica ha conquistado el Asia. El arma principal de los modernos es la de fuego, el arcabuz, arma superior á cuanto han inventado los hombres, porque ninguna arma defensiva puede evitar sus efectos; y por lo tanto se han abandonado los escudos, las cotas de malla y las corazas. Con estas terribles máquinas un soldado puede matar ó herir en un cuarto de hora á sesenta hombres; no carece nunca de cartuchos, porque pesa cada uno poco mas de una onza; y la balla hiere á cincuenta toesas, es peligrosa á ciento veinte y mortífera á noventa.

« Siendo la espada y la lanza sus armas principales, su principal disposicion era el orden de columna. La legion y la falange hacian frente con facilidad, en cualquiera situacion en que se viesen atacadas, ya fuese de frente, por el flanco derecho ó por el izquierdo, y consiguieron acampar en una superficie de poca extension para disminuir el trabajo de fortificacion del circuito y defenderse con ménos fuerzas. Un ejército consular reforzado con tropa ligera y auxiliares, y que constaba de veinticuatro mil infantes y mil ochocientos caballos, es decir, de cerca de treinta mil hombres, acampaba en cuadrados de 330 toesas de lado y 1,344 de circuito, ó sea veintin hombres por toesa; ocupando cada uno tres piés ó sesenta y tres piés por toesa comun. La superficie del campo era de 11,000 toesas cuadradas, tres piés y medio por hombre, sin contar mas que las dos terceras partes, porque por cada toesa comun habia catorce ocupados en el trabajo y que fortificaban el campo trabajando cada uno treinta minutos mas.

« El arma principal de los modernos es la de fuego y su orden debe ser generalmente el de parada, y permitir valerse de todas las máquinas de tirar. Por medio de estas armas que alcanzan á gran distancia, sacan los modernos la principal ventaja de la posicion que ocupan; si dominan, desordenan ó detienen al enemigo, han logrado su intento. Un ejército moderno debe evitar ser desordenado, arrollado y rodeado; y para ello debe ocupar un campo que tenga un frente tan extenso como su línea de batalla, pues si ocupase una superficie cuadrada y un frente insuficiente para extenderse, se veria cogido en medio por otro ejército de igual fuerza y expuesto á todo el fuego enemigo, que llegaría á todos los puntos del campo sin que él pudiese responder á un fuego tan terrible sino con una pequeña parte del suyo. En semejante posicion sería maltratado á pesar de las trincheras por un ejército igual y tal vez inferior. El campo moderno solo puede ser defendido por el mismo ejército, y á falta de este no

podria serlo por un pequeño destacamento.

« Ni el ejército de Milciades en Maraton, ni el de Alejandro en Arbela, ni el de César en Farsalia hubieran podido sostener su campo de batalla contra un ejército moderno de igual fuerza, el cual teniendo una extensa línea de batalla se adelantaria sobre las dos alas del ejército griego ó romano, y sus arcabuceros llevarian la muerte al frente y á los flancos; de modo que los armados á la ligera, conociendo la insuficiencia de las flechas y de las hondas, abandonarían la lucha para resguardarse detras de los demas, los cuales avanzarían entónces á paso de carga con espada y lanza en ristre para habérselas cuerpo á cuerpo con los arcabuceros; pero apénas llegáran á la distancia de ciento veinte toesas, se verían rodeados por tres partes de un fuego de línea que los pondría en desorden, y debilitaría de tal modo á aquellos valientes é intrépidos legionarios, que no podrían sostener la carga de algunos batallones en columna cerrada, que marcháran contra ellos á la bayoneta. Ademas, si se halla en el campo de batalla un bosque ó una montaña, ¿cómo ha de poder resistir la legion ó la falange á los fusileros que se correrían por toda su extension? Por otra parte, en las llanuras hay poblaciones, casas, cementerios, paredes, zanjas y vallados; y si nada de esto hubiese, con pocos esfuerzos se pueden presentar obstáculos para detener la legion ó la falange y destruirla en breve con el mortífero fuego. No hemos hecho mencion de sesenta ú ochenta bocas de fuego de las tropas modernas que tiráran contra las legiones ó las falanges por derecha é izquierda, de frente y por retaguardia, vomitando la muerte á la distancia de quinientas toesas. Los soldados de Alejandro y de César, los héroes de la libertad de Atenas y de Roma, huirían derrotados y confusos, abandonando el campo á aquellos semidioses armados con los rayos de Júpiter. Los Romanos fueron casi siempre derrotados por los Partos; porque estos usaban armas arrojadas muy superiores á las que tenían los Romanos, armados á la ligera, de modo que los escudos de las legiones no podían defenderlos. Los legionarios, armados de espada corta, sucumbían á un granizo de flechas á que nada podían oponer, porque solo tenían dardos. Despues de aquellas funestas lecciones, los Romanos dieron á todos los legionarios cinco dardos de tres piés de longitud, y estos los colocaban en el hueco del escudo.

« Un ejército consular cerrado en su campo, acometido por un ejército moderno de igual fuerza, tendria que desalojarle sin poder hacer uso del arma blanca, y sin que fuese necesario cegar los fosos ni escalar las fortificaciones; se vería rodeado por todas partes de sitiadores y puesto en desorden por el fuego, siendo el campamento el blanco de todos los tiros de fusil ó de cañon; el incendio, la devastacion, la muerte desquiciarían las puertas y destruirían las trincheras. Un ejército moderno coloca-

do en un campo romano podria sin duda jugar desde luego toda su artillería; pero aunque fuese igual á la de los sitiadores, en breve quedaria inservible por los disparos de la artillería exterior: solo una parte de la infantería podria servirse de los fusiles; pero tiraría en una línea ménos extensa que no podria producir un efecto equivalente al mal que recibiría. El fuego del centro á la circunferencia es nulo: el de la circunferencia al centro es irresistible.

« Un ejército moderno de fuerza igual á la de otro consular tendria veintiseis batallones de ochocientos cuarenta hombres, ó sea veintidos mil ochocientos cuarenta infantes; cuarenta y dos escuadrones de caballería, ó cinco mil cuarenta caballos, y noventa piezas de artillería servidas por dos mil quinientos hombres. Siendo mas extenso el orden moderno de batalla, exige mayor número de caballos para apoyar las alas y defender y fortificar el frente. Este ejército en batalla, dispuesto en tres líneas, de las cuales la primera fuese igual á las otras dos reunidas, ocuparía un frente de 1,500 toesas y 500 de fondo; el campo tendria un contorno de 4,500 toesas, es decir, triple que el ejército consular; siete hombres solos por cada toesa de circuito, pero veinticinco toesas cuadradas por hombre: sería necesario el ejército entero para defenderlo. Difícilmente se hallará una extension tan considerable sin que esté dominada por el cañon desde una altura; la reunion de la mayor parte de la artillería de los sitiadores en aquel punto de ataque destruiría en seguida los trabajos de campaña que forman el campo. Todas estas consideraciones han decidido á los generales modernos á renunciar al sistema de campos atrincherados, para reemplazarlos con el de las *posiciones naturales* bien elegidas.

« Un campamento romano se colocaba en cualquier parte, porque todos los sitios eran buenos para unos ejércitos que ponían su poder en el arma blanca; no hacia falta buen golpe de vista ni genio militar para acampar; al paso que la eleccion de posiciones, el modo de ocuparlas y de disponer las diferentes armas aprovechándose de las circunstancias del terreno, es parte del genio de un general moderno.

« La táctica de los modernos está fundada en dos principios: 1º que los ejércitos deben ocupar un frente que les permita poner en accion con ventaja todas las armas que arrojan proyectiles; 2º que deben preferir la ventaja de ocupar posiciones desde donde puedan dominar las líneas enemigas, á estar resguardados por un foso, por un parapeto, ó por otra fortificacion de campaña.

« La naturaleza de las armas, de la regla, de la disposicion de los ejércitos, de la eleccion de los sitios donde se ha de pelear, de las marchas, de las posiciones, del modo de acampar, de los órdenes de batalla, y de la planta y plano de las plazas fuertes; oposicion constante entre el

sistema de guerra antiguo y moderno. Las armas antiguas requerían el orden en columna, las modernas el orden de parada; aquellas, plazas fuertes con torres salientes y murallas altas; estas, plazas bajas cubiertas de baluartes de tierra que cubran las murallas; las primeras, campos cerrados donde estaban reunidos hombres, animales y almacenes como en una ciudad; las segundas, posiciones para poderse extender. »

§ 20. ORDEN DE MARCHA Y DE BATALLA.

El ejército de un cónsul consistía en dos legiones de Romanos y dos de aliados, además de mil ochocientos caballos, trescientos de los cuales eran romanos. En algunas ocasiones el Senado aumentó para atender á las necesidades el número de las legiones, y durante las guerras Púnicas había en pié diez y nueve y hasta veintitres, diferentes en número según el orden de su formación. Cuando las licenciaban, se llevaban su banderas al templo de Saturno ó al Erario, para tomarlas de nuevo cuando se levantaban otras legiones, á las cuales les daban aquellas águilas por el mismo orden.

Los Griegos que combatían en una sola línea no ocupaban en las marchas mas espacio que en las batallas, atendido el espesor de las filas. Delante iba la caballería, luego la falange dividida en secciones mas ó ménos numerosas, y después los bagajes protegidos por una retaguardia de caballería. Esto facilitaba toda clase de movimientos. Pero los Romanos, que marchaban ménos apiñados y estaban colocados en varias filas, necesitaban mas arte para combinar los movimientos laterales. Se podían poner, sin embargo, al mismo frente los manipulos de diferentes armas hasta que se hizo general la distribución en cohortes.

Abrian la marcha los *extraordinarios*, cuerpo que constaba de tantas cohortes como legiones había en el ejército, formado de las tropas auxiliares, y al cual se unían cuatrocientos caballeros. Luego iba la legion de los aliados, principiando por la derecha; en seguida las dos romanas y después la otra legion auxiliar. Á cada una de ellas seguían sus bagajes, llevados en acémilas. La caballería marchaba, ya á retaguardia de la legion de que dependía, ya al lado, ya á la cabeza, ya después de todos. En la retirada los *extraordinarios* formaban la cola.

Los armados á la ligera exploraban el camino, en lo cual se empleaban en ocasiones algunos manipulos de caballeros (*exploradores*). Si el enemigo se presentaba ó era preciso combatir, se ponían detrás los bagajes, se unían las legiones y se ponían en orden. Si se prefería marchar por cohortes, los tres manipulos correspondientes se unían para formar un solo cuerpo, y cuando el terreno lo permitía, se doblaba la columna para presentar un frente de dos cohortes.

Otras veces, con arreglo al orden por manipulos, marchaban por el flanco, de modo que todos los astados formaban una columna, y cada manipulo tenia delante sus bagajes; otra los príncipes, otra los triarios con sus bagajes colocados siempre entre los manipulos; y se colocaban las columnas una junto á otra como en las líneas de batalla. Si el enemigo aparecía por un flanco, se volían inmediatamente y ocupaban su puesto.

La primera disposición de marcha se llamaba *pilatim*, y la segunda *passim*. Las marchas perdieron mucho en rapidez cuando en tiempo de la decadencia se introdujeron las máquinas, las cuales quitaban á la legion su movilidad, que era su mérito principal.

Las maniobras de la legion eran sencillas, pocas y determinadas para cada ocasion; cada general las efectuaba con arreglo á la costumbre, añadiéndoles lo que la experiencia ó su talento le sugeria.

Las guerras de Pirro y mas aun las de Anibal perfeccionaron la ciencia, enseñando cuánto mas vale la astucia que la fuerza; Fabio enseñó métodos admirables de defensa, así como Escipion de ataque, que pudo haberlos aprendido en los libros griegos; por ejemplo, su tan admirado orden en la batalla de Ilinga en doble oblicuo, es decir, atacando con las dos alas, reservando el centro.

El orden de batalla era algunas veces *cuadrado*, esto es, acometiendo al enemigo de frente paralelo y por muchas líneas; pero el que Vegecio le recomienda solo en caso en que se tenga un ejército mas valiente y numeroso que el enemigo, nada significa, porque con estas ventajas, ¿qué discreto general no conseguirá la victoria? Ensalza sobre todo el orden *oblicuo*, cuyos detalles hemos visto al hablar de los Griegos. El tercero es el *oblicuo inverso*, cuando se ataca con la izquierda reservando la derecha; orden que Vegecio juzga peligroso, probablemente porque los escudos cubrían la izquierda, de modo que así se presentaba la parte indefensa. El cuarto sería el que hemos dicho se usó en Ilinga. Vegecio enseña el quinto, que es solo el precedente perfeccionado. El sexto se formaba en línea quebrada de este modo:

Enseña otras clases de orden, que son solo disposiciones particulares con arreglo á los accidentes del terreno en que se está. Pero precisamente por la variedad de los terrenos creemos que no se pueden establecer reglas fijas acerca de la disposición de la batalla; sin embargo, referirémos las doctrinas de Jomini relativas á las armas modernas (1).

« Hay tres clases de batallas: las *defensivas* dadas por un ejército que espera en posición ventajosa; las *ofensivas* cuando se ataca al enemigo en terreno conocido, y las *imprevistas* que tienen lugar en una marcha.

» En estas últimas sucede tener que detener la

(1) Véase *Bibl. hist. et milit.*, t. II.

vanguardia y desplegarla á derecha é izquierda según la necesidad, y después reunir el grueso de las fuerzas en el punto conveniente al objeto propuesto ántes del ataque. Las batallas de Maréngo, Eylau, Abensberg, Essling y Lutzen fueron improvisadas.

» El general que espera al enemigo sin tener mas idea que la de combatir valerosamente, sucumbirá si es fuertemente atacado. Pero el que piensa pasar de la defensiva al ataque, ve llegar al enemigo, y con las tropas bien dispuestas según el terreno y sostenidas por la artillería, puede arrancar la victoria al agresor, si sabe aprovechar el momento oportuno para la ofensiva. En Rivoli y en Austerlitz se consiguió la victoria de este modo.

» En la batalla ofensiva pueden adoptarse diez especies de orden: 1º paralelo simple; 2º paralelo con una ó las dos alas salientes; 3º orden oblicuo sobre un ala; 4º orden perpendicular sobre la extremidad de la línea enemiga; 5º el mismo sobre las dos extremidades; 6º orden cóncavo sobre el centro; 7º orden convexo; 8º orden escalonado sobre una ó las dos alas; 9º el mismo sobre el centro; 10º orden mixto sobre el centro y una extremidad á la vez.

» El primero no es de gran importancia; pero puede ser conveniente cuando un ejército que ha tomado la iniciativa de grandes operaciones estratégicas, consigue apoderarse de las comunicaciones del enemigo y cortarle la línea de retirada cubriendo la propia. En tal caso habiendo concluido su movimiento decisivo ántes de la acción, solo le falta impedir el esfuerzo que hace el enemigo para abrirse paso. También se puede adoptar el orden paralelo cuando el que ataca es superior, de tal modo que presente al enemigo una línea tan extensa como la suya, además de colocar una masa respetable á la extremidad del ala que opera.

» En el orden oblicuo, además de defender del enemigo el ala débil que se sustrae, esta tiene en jaque la parte de línea que no se quiere atacar y hace á la vez de reserva del ala que ataca. Por tanto el ataque por un punto solo de la línea enemiga debe ser por el mas débil. Esto hizo Federico II en Lissa. En el orden perpendicular sobre un ala por el contrario, no viendo la parte atacada ningún enemigo delante de sí, puede acudir al punto amenazado. El perpendicular sobre las dos alas puede servir cuando el que ataca tiene mayores fuerzas.

» El orden cóncavo solo tiene aplicación cuando es adoptado en atención á los sucesos de la batalla, es decir, cuando el enemigo se dirige al centro y este se retira. El que se sirviese del orden cóncavo ántes de entrar en batalla, se expondría á ver al enemigo arrojarse sobre una de las alas con grave riesgo. Un ejército toma mejor que la figura de un semicírculo la de una línea quebrada hácia el centro, como lo hicieron los Ingleses en Crecy y en Azincourt. Sin embargo, aunque con ménos probabilidades,

hay peligro de que el enemigo se lance sobre una de las alas.

» El orden convexo solo se adopta para combatir inmediatamente después de haber pasado un río, cuando hay precisión de conservar detrás las alas para apoyar la orilla y cubrir los puentes. Así triunfaron los Franceses en Fleurus en 1794, porque el príncipe de Coburgo en vez de dirigirse con todas sus fuerzas al centro de la línea convexa ó á un solo extremo, dirigió el ataque sobre cinco ó seis radios divergentes, y especialmente sobre las dos alas á la vez. Napoleón combatiendo en Essling con el Danubio á retaguardia, y no pudiendo manobrar sin descubrir sus puentes, tuvo que tomar aquella forma; al paso que le costó muy caro el haberla adoptado en Leipsick en la segunda y tercera jornada.

» El orden escalonado en las dos alas tiene por objeto colocarse á los flancos de la línea enemiga; pero es ménos expuesto que el perpendicular, porque no deja enteramente libre el centro enemigo; es semejante al orden cóncavo cuando está formado por una línea quebrada reentrante hácia el centro. Aun siendo sobre el centro tampoco carece de peligro el orden escalonado, excepto en el caso en que se ataque una línea de poco fondo y muy extensa; porque si la colocación es cerrada, hallándose ordinariamente las reservas á tiro del centro y pudiendo manobrar las alas con un fuego concéntrico ó tomando la ofensiva, podría un ejército encontrar la desgracia de los Romanos en Cannas, de la columna inglesa en Fontenoy y de Waterloo.

» El ataque en columna sobre el centro y sobre un extremo simultáneamente es ménos peligroso que el otro; porque el ala que sale del lado del enemigo, debe acometerle de costado mientras se ve amenazado por las masas en el centro y reducirle al último extremo. Así lo hizo Napoleón en Wagram y en Ligny. Lo intentó también en Borodino; pero la heroica resistencia de la izquierda de los Rusos y de la división Paskewich al centro frustró la tentativa.

» En tiempo de Luis XIV y Federico II, cuando los ejércitos acampaban bajo las tiendas casi siempre unidos, y permanecían muchos días en presencia del enemigo, se podían adoptar con precisión estas posiciones. Hoy que las tropas están al aire libre, que tienen mas movilidad por efecto de su organización en cuerpos, y que se ponen frente á frente según las disposiciones tomadas fuera de la visual y algunas veces ántes de reconocerse bien mutuamente; todas estas figuras geométricas deben ser inexactas, y bastará que el general las forme aproximadamente. En los casos imprevistos debe procurarse tomar los puntos comprendidos entre la línea del enemigo y las posiciones estratégicas decisivas, y adelantar dos terceras partes de las fuerzas al sitio cuya posesión daría la victoria, teniendo con la otra sujeto al enemigo. »